

CARI: 30 años

Carlos Ortiz de Rozas

Celebramos hoy el trigésimo aniversario del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales pero, a la vez, tributamos un sentido homenaje a quien concibió la idea de fundar esta corporación y tuvo la inteligencia y el empuje necesarios para transformar lo que era solo una visión en una magnífica realidad. Ese hombre excepcional fue Carlos Manuel Muñiz. Estoy seguro que desde allí donde se encuentra está siguiendo con orgullo estos festejos aunque, quizás también con su habitual pudor, se moleste un poco con nosotros por los bien merecidos elogios que le prodigamos. Hubiera preferido que los aplausos estuviesen dirigidos solamente al CARI. Él era así. Generoso para con los demás, modesto para con sí mismo.

Echando una mirada retrospectiva creo que tal vez estuve entre los primeros en conocer lo que en esos tiempos era sólo un proyecto en su ánimo. Corría 1971 y Carlos se desempeñaba como Embajador en los Estados Unidos al tiempo que yo cumplía las mismas funciones ante las Naciones Unidas en Nueva York. Esta gran ciudad cosmopolita tenía una especial fascinación para él, tanto por sus museos, exposiciones, conciertos, conferencias y otras notables manifestaciones culturales que constantemente tienen lugar en esa metrópoli, como así también, en un aspecto más íntimo y comprensible, por ser un terreno fértil para sus incursiones por anticuarios y subastas de objetos de colección.

Así pues, por todos esos factores pero prioritariamente, en razón de sus obligaciones oficiales, en repetidas ocasiones tuve el beneficio de sus frecuentes visitas. Él quería interiorizarse de las posiciones de otros países respecto de las políticas norteamericanas en los distintos órganos de la ONU y me comunicaba cuales eran los temas en los que Washington confiaba en obtener respaldo argentino. Por mi lado, hacía lo mismo encomendándole gestiones a favor de asuntos que nos interesaban esencialmente en la organización mundial. En síntesis, un intercambio lógico, natural y de mutua conveniencia que se da cuando existe una buena armonía entre las dos misiones diplomáticas. A lo cual había que agregar el ingrediente de nuestros profundos lazos de amistad, que facilitaba todavía más esa positiva colaboración.

Uno de los lugares favoritos que frecuentaba en Nueva York era el Council on Foreign Relations, la más antigua y prestigiosa institución dedicada al estudio de las relaciones exteriores de los Estados Unidos y a la organización de eventos destinados a fomentar el

diálogo entre los principales protagonistas de la escena internacional. Son sus miembros casi todos los ex presidentes y secretarios de estado pero la nómina completa incluye además a las figuras más representativas de la esfera gubernamental, el parlamento, la política, la diplomacia, las fuerzas armadas, las artes, las ciencias, la economía y el periodismo.

Semejante acumulación de poder y erudición en una entidad no podía sino concitar al máximo el interés de Muñiz. En las conversaciones que mantuvimos entonces, me confió su intención tratar de hacer algo inspirado en esos moldes en nuestro país. En la excelente y completa Reseña Histórica publicada por el CARI en 2005 él mismo lo reconoce con total honestidad intelectual con estas palabras: “Desde comienzos de la década de 1970, después de haber podido apreciar durante mi gestión en los Estados Unidos la acción desarrollada por el Council on Foreign Relations de Nueva York y preocupado por la proyección del país hacia el exterior, estuvo presente en mi ánimo la idea de crear en la Argentina un organismo que reuniera distintas expresiones del pensamiento nacional para investigar y estudiar los problemas internacionales”.

Con la determinación y coraje que ponía en todos sus actos, poco después echó las bases de nuestra institución, que hoy celebra sus 30 años de existencia y que hasta en los más mínimos detalles lleva su impronta. La ciclópea tarea que se propuso acometer estaba plagada de dificultades. La idiosincrasia de los argentinos es muy diferente a la de los norteamericanos; lo que es válido allá no siempre tiene su equivalencia aquí. Para peor, la situación por la que atravesaba nuestro país en 1978 distaba mucho de permitir cualquier comparación con la tranquilidad política e institucional imperante en el país del norte. El mismo Muñiz lo señala: “La Argentina estaba dividida por intensas pasiones políticas que impedían el diálogo para alcanzar acuerdos no sólo en temas trascendentales sino también en los de menor importancia”.

Esa situación ilustra, por sí sola, las dificultades de todo tipo que debió superar para darle al CARI la fisonomía que para él era absolutamente indispensable, a saber, que estuviera integrado por personas de todas las ideologías o tendencias, fuesen civiles, militares o clérigos, con la única demanda de que estuviesen dispuestas a tolerar y analizar corrientes de opinión opuestas, con el propósito de abrir nuevos caminos al debate y la investigación que eventualmente pudiesen contribuir a definir y afianzar el interés nacional en el plano de las relaciones exteriores. Una verdadera pluralidad, exigencia *sine qua non*, que desde un principio aseguró su éxito. Sin excluir a nadie, todo aquel que sintiera interés por los acontecimientos internacionales, con total prescindencia de sus simpatías o militancias políticas tenía y sigue teniendo abiertas de par en par las puertas del Consejo.

Conviene recalcar esa diversidad porque fue el pensamiento primordial de Carlos Muñiz, y que desde el comienzo hasta el día de hoy se ha puesto de relieve tanto en la integración de su principal órgano directriz –el Comité Ejecutivo- como en la admisión de sus demás miembros, fuese como consejeros, consultores o adherentes.

El CARI es hoy una evidente realidad que lleva la impronta de su fundador. Por su tribuna han pasado innumerables jefes de estado o de gobierno, cancilleres, ministros, diplomáticos, miembros de las fuerzas armadas, empresarios y dignatarios de todas las latitudes. Es más, apenas se planifica el viaje a la Argentina de una de esas personalidades sus representantes empiezan a movilizarse para reservar una fecha para que el ilustre visitante pueda dar una conferencia sobre algún tema que estime pertinente, sabiendo de antemano que contará con una nutrida audiencia ávida por conocer el pensamiento del orador.

Es realmente impresionante observar la cantidad de retratos de todos los personajes que se han hecho presentes en el Consejo e intervenido en su accionar. Sería largo enumerar aquí todo lo realizado pero sugiero a quien desee profundizar sus conocimientos que no deje de consultar la ya mencionada Reseña Histórica. Lo cierto es que su actividad ha sido y sigue siendo incesante, canalizada a través de numerosos comités especializados, foros y seminarios, que sesionan con frecuencias y programas de trabajo muy bien organizados. Lo mismo cabe decir acerca de la presentación de libros, cuyos autores juzgan que sus obras adquieren mayor relevancia si son dadas a conocer al público en el Consejo. Basta concurrir a su sede para constatar cómo de una manera u otra está casi siempre en plena labor.

El prestigio del CARI ha sido tal que en Brasil, Chile, México, Paraguay y Uruguay han sido establecidas entidades semejantes, que incluso han adoptado parecidas denominaciones. Según un reciente estudio de la Universidad de Filadelfia, Estados Unidos, de los 5800 “think tanks” que existen en todo el mundo, 408 se encuentran en América Latina y de ellos un centenar funcionan en la Argentina, lo cual coloca a nuestro país en el primer puesto en la región, seguido de lejos por Brasil y Chile. De entre todos ellos, el informe considera que el CARI figura entre los cinco mejores, lo cual no es poco decir.

Carlos Manuel Muñiz fue quien más ha hecho por la carrera a la que he dedicado toda mi vida, Nunca nadie, ni antes ni después, impulsó tanto como él la profesionalidad del Servicio Exterior de la Nación.

Llegó a la diplomacia desde la política, haciendo sus primeras armas como Embajador en Bolivia. Con su natural perspicacia muy pronto advirtió que para ejercer esa función hace falta una formación especializada. Despojándose de los prejuicios que muchas veces

tienen los políticos cuando son llamados a esos menesteres, desde entonces puso todo su empeño en aportar sus conocimientos y capacidad de organización a la tarea de dotar a la Argentina de un cuerpo diplomático altamente calificado que tuviese, además, la calidad humana de nuestro pueblo.

Durante la presidencia del Dr. Arturo Frondizi, en circunstancias en que me desempeñaba en la Cancillería, tuve que desplazarme un par de veces a Río de Janeiro para cambiar informaciones con Muñiz, que tenía a su cargo nuestra embajada en el Brasil, cumpliendo tan delicada responsabilidad con brillo e inteligencia. Por ese entonces la representación argentina tenía su sede en el magnífico Palacio Guinle, orgullo de la arquitectura brasileña de otros tiempos y que, por cierto, estaba a la altura de lo que debe ser el más importante puesto para nuestra diplomacia. Allí, atento a cada detalle, pensando como siempre la Argentina en grande, recibía con la excelencia debida a las principales autoridades del país vecino que frecuentaban sus salones.

En una oportunidad, estando solos, se explayó extensamente sobre la acción exterior del Brasil de entonces y de siempre y las razones por las cuales Itamaraty gozaba del bien ganado prestigio que todos le reconocen. Recuerdo que hizo hincapié en que no era el producto de la improvisación sino que respondía al esfuerzo de muchos años y a la continuidad de políticas bien trazadas, bien definidas y, sobre todo, bien instrumentadas, para alcanzar los grandes objetivos del interés nacional. Para ello –dijo- la nación hermana estructuró un cuerpo de profesionales de la diplomacia que mantuvo y respetó siempre poniéndolo a resguardo de los vaivenes de la política y de la voracidad de los políticos que, desde luego, aspiraban a ocupar los cargos más codiciados en el extranjero. Ese cuerpo fue instruido en el Instituto Rio Branco, creado como parte de las conmemoraciones del centenario del nacimiento de José Maria da Silva Paranhos Júnior, Barón de Rio Branco.

A medida que Muñiz me exponía con lujo de detalles las exigencias de la carrera diplomática brasileña, no ocultaba una sana envidia que ya revelaba a las claras el propósito de promover algo similar en la Argentina. Tan resuelto estaba Carlos en llevar a cabo su intención de profesionalizar la diplomacia que transmitió sus inquietudes al mismo Frondizi. Por una serie de circunstancias su proyecto no pudo ser concretado entonces pero encontró eco en ese gran estadista que, con una visión de largo plazo de las necesidades argentinas, se auto limitó por decreto en el nombramiento de embajadores políticos. Eran otros tiempos, en que la inflación de cargos no había llegado todavía a la Cancillería, que se manejaba con plena eficiencia con apenas un par de subsecretarías implementando una política exterior en plena expansión. Pero claro, eran los tiempos de Arturo Frondizi. Qué contraste con la actualidad en que han proliferado los puestos

directivos y el insaciable apetito de los políticos desplaza casi por completo a los funcionarios de carrera de los principales destinos en el exterior.

Hombre pertinaz y decidido, tengo para mí que ya entonces había concebido lo que le fue dado realizar siendo Canciller, el 10 de abril de 1963, con la creación del Instituto del Servicio Exterior de la Nación (ISEN). Desde entonces algo más de cuarenta promociones han egresado luego de superar los requisitos para ingresar, o sea, exhibir títulos universitarios habilitantes, rendir severos exámenes de selección, en particular de idiomas, y de cursar dos años de especialización y perfeccionamiento en las materias teóricas y prácticas que requiere la función. Los más antiguos ya han alcanzado el rango de embajador, con que culmina la carrera. Constituyen un cuerpo sumamente competente, preparado para cualquier tipo de misión, sea en la diplomacia bilateral o multilateral, que no tiene nada que envidiar a sus colegas de otras naciones.

Ya en un par de ocasiones propuse que se le diera al ISEN el nombre de Carlos Manuel Muñiz. Considero que es un acto de Justicia elemental que honraría al gobierno que así lo dispusiera. Insisto sobre esta moción y confío en que los jóvenes colegas del Servicio Exterior, que pasaron por las aulas de esa institución, serán quienes más harán para que se convierta en realidad.

En su nutrido quehacer diplomático nuestro homenajeador de hoy registra éxitos que quiero destacar porque no siempre se le ha dado todo el mérito que merece. Dos de ellos están vinculados con nuestra permanente reivindicación sobre las Islas Malvinas. En noviembre de 1982, apenas cuatro meses después de concluido el enfrentamiento armado con Gran Bretaña, siendo Muñiz el jefe de la Misión Argentina ante las Naciones Unidas se logró que la Asamblea General de dicha organización aprobase por una substancial mayoría una resolución que pedía a ambas partes en conflicto que a la mayor brevedad reanudasen las negociaciones a fin de encontrar una solución pacífica a la disputa de soberanía y pedía al Secretario General que emprendiese una misión de buenos oficios para asistir a las partes con ese fin. Desde luego, el Reino Unido, que con su triunfo militar consideraba que ya no había nada más que discutir, se opuso tenazmente a esa propuesta pero la Argentina y Muñiz salieron airoso de ese difícil trance, logrando una gran mayoría y el apoyo de países significativos que nunca antes habían votado a favor de una resolución semejante. Tal el caso de Estados Unidos.

Tres años más tarde se presentó también una situación bastante complicada. Ante un proyecto de resolución similar presentado en la Asamblea General, la delegación de Gran Bretaña le introdujo una enmienda consistente en declarar que el derecho a la autodeterminación era aplicable a las Islas Malvinas. Como es sabido nuestro país rechaza esa pretensión por una serie de razones históricas, jurídicas e incluso geográficas que no

viene al caso detallar ahora. Frente a la moción inglesa sólo cabían dos alternativas: o bien tratar de eliminarla recurriendo a subterfugios procesales o encarar la votación sobre el fondo para definir ese trance de una manera u otra. Huelga subrayar que, de llegar a prosperar la enmienda hubiera quedado consagrada para siempre la tesis británica. Era una decisión verdaderamente trascendental. El embajador Muñiz, luego de ponderar todos los ángulos, finalmente optó por aceptar el desafío. Y consiguió un rotundo triunfo. La enmienda fue rechazada por un amplio número de votos y nunca más el gobierno de Londres se atrevió a someter nuevamente dicha demanda al voto democrático del organismo de las Naciones Unidas que congrega a todos sus miembros.

Podría citar otros ejemplos de su eficiente labor diplomática pero no quiero extenderme demasiado trayendo a colación cuestiones que me son gratas por la índole de que se tratan. Pero no quiero dejar pasar esta ocasión sin recordar que siendo embajador en Rio de Janeiro intervino activamente para que se concretara una crucial entrevista entre los presidentes Arturo Frondizi y Janio Quadros, de Brasil. El encuentro tuvo lugar en Uruguayana, donde se suscribió un amplio Acuerdo de consulta y complementación que sin duda fue el precedente indiscutible de lo que con el transcurso del tiempo sería el MERCOSUR.

Carlos Manuel Muñiz fue un hombre de múltiples facetas. Fue Canciller; profesor titular en tres universidades argentinas y visitante en varias extranjeras; embajador en Bolivia, Brasil, Estados Unidos y las Naciones Unidas; miembro de dos Academias Nacionales; autor de varios libros y numerosas publicaciones; honrado con numerosas condecoraciones, premios y distinciones. Pero por encima de esas notables dignidades, que no le hicieron perder su rumbo, fue una rara especie ciudadana que soñó y pensó una Argentina en grande, ideal al que consagró todos sus esfuerzos hasta el último día de su vida.

En su editorial del 27 de noviembre de 2007, con el acertado título de “Carlos Muñiz, un gran argentino”, La Nación expresa que con él “ha ocurrido, afortunadamente, el hecho excepcional de haber sido su obra exaltada por igual desde los ámbitos más diversos de la política nacional”. Y esto ha sido así porque siempre pensaba en positivo y jamás se rendía ante la adversidad. Porque estuvo más allá de las tremendas pasiones y enfrentamientos que durante medio siglo asolaron a nuestro país. Porque en sus actos fue comprensivo y conciliador, guiado por el convencimiento de que aún entre las posiciones opuestas hay siempre un terreno común propicio para el entendimiento si se siembra una simiente que pueda ser aceptada o, al menos, tolerada por las partes en discordia. Porque con su acostumbrado optimismo tenía el convencimiento que todo consiste en proceder con racionalidad y buena voluntad.

En pocas palabras: ¡Un hombre admirable, un compatriota sin par, un verdadero hacedor!